

# ***La educación como proceso clave en el desarrollo de la persona***

***Dr. Francesc Torralba***

***Universitat Ramon Llull (Barcelona)***

## *1. Introducción*

Nuestro propósito en esta presentación es ahondar en el concepto de educación, entendida como un proceso que trasciende la mera enseñanza y que tiene como principal finalidad la construcción de la persona. Para ello, partimos de un breve diálogo de san Agustín, el *De Magistro*, y, siguiendo, atentamente algunas de sus tesis, tratamos de sacar conclusiones para nuestra tarea educativa.

Nos interesa recalcar en este diálogo porque en él se pone de manifiesto algo que nos parece fundamental, que el proceso educativo no es monológico, solipsista o individualista, sino que se articula y desarrolla fundamentalmente en la relación, en el vínculo entre educador y educando. La atención de la teoría de la educación de san Agustín no reside tanto en el educador, ni en el educando, sino más bien en el vínculo que se establece entre ambas personas.

La calidad del proceso educativo dependerá esencialmente la calidad de ese vínculo. El obispo de Hipona entiende el proceso de educación como una relación, como un juego de libertades en el que el maestro cultiva en el joven discípulo las semillas latentes que hay en él, su talento potencial y, el educando va adquiriendo, a través del vínculo, su autonomía funcional y no sólo eso, sino la capacidad de dar lo que es en la sociedad, su singularidad, su ser, su yo.

En el *De magistro* se pone en escena la acción educativa. En él, se abandonan los aspectos periféricos y superficiales del proceso de enseñanza y se centra en el núcleo de la cuestión, en lo sustantivo. Eso me parece determinante, especialmente en un contexto como el nuestro, donde se tiende a dar mucho valor a lo tecnológico e instrumental y se descuida lo personal y relacional que es y sigue siendo lo fundamental en la práctica educativa.

La intención de esta obra menor es describir el camino del espíritu en su formación o el camino que recorre el hombre interior para desplegar todas sus potencialidades, hasta llegar a la máxima libertad. Este itinerario radica en ir haciéndose más persona. Es un proceso que no termina nunca, un camino de formación en humanidad. Y acaece en un ámbito de relación con el maestro, que es, a la vez, guía del espíritu y ejemplo de humanidad.

En el pensamiento de san Agustín, existen dos maestros: el maestro exterior que educa desde fuera con su palabra, su gesto, sus silencios, su acción, sus omisiones y, el maestro interior, esa voz interior que todo ser humano puede auscultar y que san Agustín identifica con Cristo. El maestro exterior tiene, según su mentalidad, que arrastrar, despertar al educando para que se ensimisme, descubre su ser interior y sea capaz de auscultar el Maestro interior, el Maestro de verdad.

El objetivo central de la educación para san Agustín radica en ofrecer a la persona el máximo grado de libertad. La finalidad de la educación es, pues, la perfección, o, en otros términos, la elevación de todas las potencias humanas en un proceso de entrenamiento espiritual. Educar es estimular al ser humano para que sea consciente de su responsabilidad ante la vida y ante el mundo.

La libertad es una posibilidad que hay que conquistar mediante un trabajo lento y costoso. La educación, pues, debe consistir en el cultivo de la virtud. Y cultivo implica formación de un temperamento básico que fortalezca su espíritu para hacer capaz de razón, es decir, de conducción autónoma de sí.

## *2. Elementos del proceso educativo*

La educación tiene por finalidad potenciar al máximo la autonomía de la persona. No estamos frente a un concepto de inteligencia solipsista, sino a favor de potenciar las capacidades individuales con la intención que el educando se abra a la realidad y se responsabilice de ella y la transforme

realmente. Sin esta transformación interior no hay verdadera transformación y recreación del mundo.

## *2. 1. La educación como formación de la voluntad*

El objetivo de la formación es dar forma a la voluntad, girar la voluntad hacia la virtud. La educación no afecta a una de las dimensiones humanas, sino a su conjunto, al hombre entero. La cuestión es si el hombre es capaz de mantener en orden su ser, es decir, si es capaz de regirse a sí mismo, para ser responsable ante sí y ante el mundo. El término clásico que sirve para definir la capacidad de dirección propia, para introducir orden en nuestro ser, y, por tanto, para ejercer un uso autónomo ante el mundo, es la razón. Ésta es la facultad rectora del mundo interior del hombre, porque es la fuerza capaz de mantener todas las fuerzas interiores, deseos y pasiones, en su justo lugar.

No se trata de negar las pasiones humanas. De lo que se trata es de que no dominen al ser humano, y, por ello, deben ser supeditadas a la razón. El problema de las pasiones no es que deben dejar de existir. San Agustín niega expresamente la impassibilidad del alma. El problema es que han de ser conducidas rectamente, como condición indispensable para la autarquía. En definitiva, las pasiones son correctas si están dirigidas hacia la salud del hombre.

La rectitud de las acciones depende, pues, de la autoposesión, es decir, del control del ser humano sobre sus propias pasiones. Las afecciones del alma deben estar regidas por la voluntad. Esto supone una visión esperanzada del hombre y de la vida humana, pues afirma, en el fondo, la fuerza de la voluntad sobre el infortunio de las pasiones. El ser humano es capaz de ser responsable ante su destino.

La formación es, en primer lugar, cuidado del alma, un entrenamiento para frenar unas tendencias y fortalecer las más elevadas. En segundo lugar, y una vez conseguido el autodomínio, el yo pasa a un segundo plano, y así se abre para dejar pasar la realidad por él, para comprender a los otros y para

comprender las circunstancias. La posesión de la realidad no es un mero movimiento pasivo, de afectación. Conocer no es sólo sentir el mundo, dejar que nos afecte, sino también no dejar que nos supere. La verdad interior lleva en sí la capacidad de superar las circunstancias, pues las circunstancias nos dominan a nosotros cuando no somos dueños de nosotros.

Dos ideas fundamentales de la educación de la voluntad derivan de la lectura de san Agustín: primero, la formación es un esfuerzo, una conversión: nosotros somos nuestro principal problema y, en concreto, autodomínio. En segundo lugar, la palabra verdadera y la justicia en el mundo deben nacer de ese fondo de intimidad. En otro sentido, si no hay formación, el ser humano se deja arrastrar por sus tendencias. No hay verdadera justicia en el mundo si formación, aun por muy buena voluntad que crea tener el hombre.

## *2. 2. La educación como descubrimiento de la interioridad*

El ser humano no irrumpe en la realidad acabado, formado, terminado; nace con un mundo de posibilidades, en estado de desarrollo y posee la capacidad para ser más, para superarse. La formación que requiere para alcanzar tal desarrollo no es meramente conceptual, sino una recomposición de todas las estructuras psíquicas, incluidas las cognoscitivas. Educar es despertar el hombre interior, volver el oído hacia los consejos del Maestro interior. Educar es hacer posible que el ser humano posea la virtud, hacerlo capaz de libertad.

La memoria juega un papel clave en el desarrollo educativo de un ser humano. Lo que hacemos cuando educamos es, en última instancia, ayudar a recordar, es decir, despertar las semillas que están en el alma del educando. Dice san Agustín: “Por el hecho de meditar las palabras -bien que no emitamos sonido alguno- hablamos en nuestro interior, y que por medio de la locución lo que hacemos es recordar, cuando la memoria, en la que las palabras están grabadas, trae, dándoles vueltas, al espíritu las cosas mismas, de las cuales son signos las palabras” (*De Magistro* 1. 2).

El conocimiento se adquiere mediante un proceso, por medio del cual llegamos a poseer la realidad. En este proceso nos damos forma a nosotros mismos, por lo que la entraña misma del conocimiento es formativa. Educar es posibilitar que la persona acceda a la realidad. Este acceso requiere esfuerzo y entrenamiento.

La realidad en sí misma permanece en la oscuridad, hasta que una persona la ilumina y le da forma.

### 2. 3. *El conocimiento de la virtud*

En el *De magistro*, san Agustín distingue el signo de lo que el signo significa. El problema de la educación no consiste en conocer lo que la palabra *hombre* significa, sino en ser un hombre, entendiéndose, en ser más persona. Esta tendencia o intencionalidad del alma es una ley impresa en su ser. El ser humano es un ser referido a la realidad. Esta tendencia es la que Edmund Husserl denominará *intencionalidad* y Xabier Zubiri dirá que el ser humano es un ser en abertura radical a la realidad. El ser humano no halla beneficio en el lenguaje, sino en la realidad.

Recordar no es la pura retención en la memoria de lo dicho, sino que es un guardar en el interior y un guardar activo, de tal modo que la palabra interiormente retenida llega a germinar en el alma. En síntesis, recordar implica para san Agustín, primero, un proceso activo de formación; y segundo, un proceso que tiene como meta reasumir la realidad con ojos propios.

De hecho, lo que hace con su hijo Adeodato, en el transcurso del diálogo es un entrenamiento. El diálogo que mantiene es de formación, en el sentido pleno de la palabra. Es lo mismo que Platón se propone con sus diálogos: entrenar el alma para que el joven sea capaz de enfrentarse a la realidad.

Entre los fines de la educación está el conocimiento de la virtud, pero solamente en el sentido intelectual. El objetivo es que el educando asuma las virtudes, las haga realidad en su ser, las incorpore a su alma. No se trata sólo

de que sepa definir lo que es la justicia, la prudencia, la paciencia o la humildad, sino que sea justo, que sea prudente, que sea paciente, que sea humilde.

Educar es enseñar al joven a que sea capaz de ser más mediante un entrenamiento de todas sus potencias.

#### 2. 4. *El diálogo con el Maestro Interior*

En la interioridad más íntima del ser humano, éste no se halla frente a su soledad, sino a frente a una Alteridad originaria, un Tú que se le revela como Maestro. Puede, entonces, establecer ese diálogo personal, íntimo y empezar una aventura que le marcará sustantivamente. Cristo es el Maestro interior. Es maestro porque ha vivido todo lo que puede vivir un hombre, ha llegado al rincón más profundo del alma, lo ha vivido como hombre y lo ha superado como Dios.

El maestro exterior educa con las palabras, pero las palabras tienen sentido si expresan una realidad, y expresan una realidad porque la hemos vivido. Las vivencias se expresan en palabras, de modo que las palabras nos dan conocimiento en la medida en que nombran una realidad, pero lo sustantivo es la vivencia.

La duda juega un papel esencial en el proceso educativo. Es esencial enseñar a los educandos a dudar de sus convicciones, seguridades, de sus prejuicios y tópicos, pues sólo así pueden acercarse a la verdad. San Agustín se refiere al beneficio de la duda en el capítulo décimo del *De magistro*. Lo que hace san Agustín con su hijo en el transcurso del diálogo no es otra cosa que cuestionar las creencias o convicciones que posee.

Dice san Agustín: “De buena gana escucho tu duda; ella me muestra que tu espíritu no es temerario, lo que es el mejor medio de conservar la paz. Pues lo más difícil es no perturbarse absolutamente cuando las convicciones, que manteníamos con satisfacción, se debilitan y como que son arrancadas de

nuestras manos en el calor de la disputa. Por lo cual, así como es justo ceder ante las razones bien consideradas y examinadas, así también es peligroso tener lo desconocido por conocido. Porque hay el temor de que vengamos a caer en tal aversión o miedo de la razón, que no demos fe ni verdad más clara, puesto que muchas veces viene a tierra lo que presumíamos había de permanecer firmemente” (*De magistro* 10. 31).

El ser humano no puede llegar a la máxima perfección de su ser con sus propios medios. Sócrates era consciente de la ayuda del *daimon* en este proceso de formación. En *La República*, Platón lo repite varias veces, hasta el punto de decir que, por sus propias fuerzas, no hubiera alcanzado la virtud. Este aspecto es asumido por san Agustín y elaborado en su teoría sobre la gracia. Para san Agustín, el Maestro interior ayuda al ser humano para que vuelva dentro de sí mismo, pues allí, en lo más íntimo, están las semillas de su desarrollo.

El hombre interior no son los deseos humanos, sino el deseo de plenitud que late en el fondo del ser humano. Lo íntimo, lo profundo del alma racional es el deseo de Dios, la huella de Dios o el Eros, el deseo de superación y posibilidad de trascendencia.

### 3. Conclusiones

- a. La educación tiene como finalidad convertir a la persona en un ser libre. La educación es ofrecimiento de libertad y, por lo tanto, abarca a la persona en su totalidad.
- b. La libertad es entendida, en primer lugar, como posibilidad de autodomínio, el control de la vida emocional y mental mediante la razón. El ser humano alcanza la libertad cuando es dueño de sí mismo y es soberano de sí cuando mantiene sus potencias bajo control. El ser humano alcanza la libertad cuando es libre para buscar la verdad y querer el bien. En suma, la libertad consiste en la posibilidad de comprender el sentido de la vida y de las acciones.

- c. El ser humano es una realidad que necesita educar todos los órdenes de su vida para su resolución existencial. Y el problema antropológico de la educación es que el hombre nace con capacidad para ser libre, pero necesita de cultivo para su desarrollo. La libertad no es jamás espontánea. Necesita del concurso humano para que se desarrolle el ser interior de la persona. Educar, en última instancia, es mejorar a la persona, hacerla más plenamente persona. Sin un ideal de persona no existe educación.
  
- d. La educación no se puede reducir a las estructuras cognitivas o emocionales, sino que debe ahondar hasta las condiciones de posibilidad de esas estructuras y, en consecuencia, hasta las posibilidades de la razón. Ese conjunto de valores que necesita el ser interior de la persona para desarrollar su razón se engloba en lo que podemos llamar voluntad de verdad.
  
- e. La educación no es sólo una cuestión de contenidos, sino de vivires y de saberes. En la interrelación entre educador y educando no sólo hay una transmisión de conceptos, conocimientos e ideas, sino también y, fundamentalmente, una comunicación de existencia, de valores. Este es el objetivo de la fórmula clásica de la pedagogía del diálogo. El método de la educación no puede reducirse a los materiales ni a los medios técnicos, sino que debe estar enfocado al encuentro con el maestro y, en última instancia, al encuentro con el Maestro interior.



